

Históricas Digital

Ana Carolina Ibarra

“Carlos Herrejón, una biografía intelectual”

p. 17-28

La consumación de la independencia

Nuevas interpretaciones (homenaje a Carlos Herrejón)

Ana Carolina Ibarra, Juan Ortiz Escamilla
y Alicia Tecuanhuey (coordinación)

Ciudad de México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas/El Colegio
de Michoacán/Universidad Veracruzana

2021

646 p.

Figuras

ISBN 978-607-30-5292-4 (UNAM)

ISBN 978-607-50-2964-1 (UV)

ISBN 978-607-54-4136-8 (Colmich)

Formato: PDF

Publicado en línea: 19 de mayo de 2022

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/777/consumacion_independencia.html

D. R. © 2022. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



Carlos Herrejón, una biografía intelectual

Ana Carolina Ibarra¹

HACE MÁS DE 30 AÑOS, EL JOVEN CARLOS HERREJÓN afirmó que “al ritmo de los aniversarios crece la historiografía mexicana”. Son fechas en las que se multiplican los interesados y la investigación dirige su mirada hacia aquellos temas que permiten comprender los grandes virajes, la aceleración de nuestra historia.

Quien fuera entonces coordinador de un encuentro que se convirtió en parteaguas para los temas de la Independencia –la celebración del 175 aniversario del Grito de Dolores, en El Colegio de Michoacán– atisbó correctamente las dos tendencias que se perfilaron en esa reunión zamorana: “La que venera incondicionalmente a los héroes y la que los critica o al menos no hace tanto caso de ellos”. Y no se trataba de que unos historiadores fueran más nacionalistas que otros. La diferencia, decía Herrejón, reside en el hecho de que “unos fundan su nacionalismo en la glorificación de los próceres, y los otros consideran que ya es hora de revisar los fundamentos del nacionalismo mexicano, precisamente para hacerlo más maduro y consistente”.² Sin duda, él se situaba entre estos últimos. La polémica iba a continuar por bastante tiempo, pero una parte importante quedó capturada en las páginas de ese volumen que reunió Herrejón con los aportes de Antonio Martínez Báez, Christon I. Archer, Xavier Tavera Alfaro, Ernesto de la Torre Villar, Agus-

¹ Universidad Nacional Autónoma de México.

² Carlos Herrejón Peredo, *Repaso de la Independencia*, p. 10.



tín Churruca Peláez, Ernesto Lemoine, Manuel Calvillo, Antonio Martínez Báez y los comentarios de los jóvenes Eric Van Young, Virginia Guedea, Andrés Lira, Masae Sugawara, Ann Staples y Luis González.

Investigar más y mejor para hacer más maduro y consistente el conocimiento de nuestra historia es el derrotero que se fijó desde entonces Carlos Herrejón Peredo. Una puerta se abrió en ese encuentro para emprender el camino de la revisión de la historia de la Independencia en el cual él fue pionero y muchos seguimos andando. Los afanes de Herrejón trajeron como resultado una ingente producción de obras de hondo significado para la comprensión de la época y la definición de rutas de investigación en las que habrían de transitar futuras generaciones de historiadores. Este libro, en homenaje al maestro, es testimonio de ello.

La incorporación de Carlos Herrejón al recién creado Colegio de Michoacán, en aquel entonces presidido por su fundador, don Luis González y González, permitió que se dedicara plenamente al tema de la Independencia. En el ambiente de estudio y en conversaciones estimulantes que propició la nueva instancia surgió su trilogía sobre Morelos como parte de una nueva colección: la Biblioteca José María Morelos. Primero apareció *Morelos, vida pre-insurgente y lecturas* (1983), con 106 documentos, un apéndice y tres estudios suyos en donde dibuja los primeros trazos de la personalidad y la trayectoria del caudillo: el labrador, el arriero, el estudiante vallisoletano y el sacerdote de la tierra caliente michoacana. Luego vino *Los procesos de Morelos* (1985), colección que presenta los documentos de sus tres procesos: el de las Jurisdicciones Unidas, el de la Capitanía General y el de la Inquisición. La documentación está precedida por un excepcional análisis de la justicia en una época en la que esta no se había unificado y las distintas corporaciones imponían sus formas y procedimientos, haciendo más penoso el trayecto de Morelos hacia al patíbulo. Fuente inagotable de información para conocer las creencias, las convicciones y los titubeos del acusado, su estudio le brindó a Herrejón la posibilidad de penetrar en lo más íntimo del alma del personaje y pasó a constituir así una primera aproximación al objeto de estudio que lo apasionó y que luego de muchos años eligió para su magna obra: *Morelos* (2015).

Volviendo a la trilogía, en *Morelos: documentos inéditos de vida revolucionaria* (1987), tercero de estos libros, se rescatan 183 documentos de los años 1810-1815, lo que mostró que, aun cuando existían múltiples compilaciones y escritos en torno a la vida del prócer, faltaba documentación y, sobre todo,



carecíamos de una interpretación adecuada y rigurosa sobre las vicisitudes de la Junta Nacional Americana entre 1811 y 1813, las relaciones entre los cuatro vocales y, posteriormente, cuando vinieron las desavenencias entre sus integrantes, la necesidad de un quinto vocal que fuera representativo; en síntesis, lo que Herrejón nos ofrece es un retrato de la lucha por el poder en el seno de la Junta y la necesidad apremiante de legitimar ese órgano del gobierno insurgente. Con el tiempo, Herrejón siguió ahondando en las fuentes, al tiempo que afinaba y precisaba sus argumentos hasta llegar a clarificar lo que se puso en juego con cada una de las decisiones políticas del caudillo. ¿Qué fue lo que la insurgencia ganó con su paso de la adhesión a la Junta a crear el Congreso en Chilpancingo? ¿Cuáles fueron los riesgos y las consecuencias de una determinación tan contundente?

La riqueza del pensamiento y la cultura teológica de Hidalgo atrajo el interés del maestro. A diferencia de Morelos, de quien no existían abundantes testimonios para comprender su formación inicial –pues a duras penas había podido dar cuenta entonces de su formación vallisoletana gracias a algunos libros–, sobre el cura de Dolores, en cambio, había suficientes documentos para hacer una biografía intelectual y comprender al teólogo renovador (el mejor teólogo de la diócesis), al párroco ilustrado y al incansable rebelde. Su notoriedad en Valladolid, en Colima y, más tarde, en San Felipe y Dolores, permitió hacer un recorrido por su pensamiento y por su vida preinsurgente. Herrejón empezó por una primera aproximación, que no por su carácter iniciático y su brevedad fue menos importante. Allí se trazaron las líneas maestras de una interpretación perdurable: las que podrían ser las raíces teológicas de la insurgencia. La Secretaría de Educación Pública se dio cuenta enseguida del interés de su aporte y tuvo el tino de elegir *Hidalgo. Razones de la insurgencia y biografía documental* para formar parte de su colección Cien de México (1987).

Herrejón nos habría disuadido eventualmente de entrar en los vericuetos de la teología de la época, pero la riqueza que ofrecen sus páginas resultó demasiado inquietante, y probó ser tremendamente útil para empezar a comprender cómo pensaban los curas rebeldes, bajo qué creencias actuaban y por qué discutían y tenían diferencias entre sí. Así que bajo su guía fue posible entender un mundo de ideas que nos era lejano; allí vimos la importancia de los grandes debates de la época sobre cuestiones tan diversas como el alma y la conciencia, la justicia y la guerra. Fue decisivo conocer en



qué preceptos se apoyaban para actuar de una manera u otra, y cuáles eran los alcances de una cultura católica erudita que resultaba sumamente atractiva para aquellos que tenían inquietudes intelectuales. Es difícil sustraerse a las lecciones de ese libro entrañable pues, por muchos motivos, *Hidalgo. Razones de la insurgencia* constituye una obra sugerente y esclarecedora. Allí encontramos las pautas para comprender el tiranicidio y el derecho legítimo que llevó a tantos curas a sublevarse atenuando con argumentos las tribulaciones de sus conciencias.

La evolución del pensamiento de Hidalgo nos permite acercarnos a los temas del derecho natural y comprender su relación estrecha con la Ilustración, particularmente con la Ilustración católica. Reconstruir sus filiaciones intelectuales, al reconocer influencias como la de Carlos Billuart o la de su teólogo preferido, Jacobo Jacinto Serry, permite adentrarse en el pensamiento del prócer y explicar su actuación en diferentes campos. Las páginas de *Hidalgo. Razones de la insurgencia* vinieron a modificar, de manera radical, la impresión que teníamos sobre la mentalidad, las reacciones y la ideología de los curas caudillos de la insurgencia mexicana. Ya no se trataba de liberales jacobinos o de malos curas que renegaban de su religión, sino todo lo contrario. La sólida formación de Herrejón como filósofo, teólogo e historiador le permite abordar con enorme profundidad y conocimiento de causa la forma en que esas ideas formativas se resignificaron a la hora de encabezar el levantamiento, los argumentos que le permitieron justificar su lucha. Muy relacionados con esta obra están otros textos suyos contemporáneos: *Textos políticos de la Nueva España* (1984), en el que muestra la presencia y la importancia de los escritos de Francisco Suárez y otros teólogos fundamentales, así como *Hidalgo antes del Grito de Dolores* (1992), que abunda sobre el Hidalgo ilustrado. Innumerables artículos suyos clarifican la figura del padre de la patria sobre una base documental impresionante que Herrejón analiza con enorme rigor e inteligencia. Menciono solo algunos de estos artículos: “Hidalgo y la justificación de la insurgencia” (1983), “Las luces de Hidalgo y Abad y Queipo” (1989), “Construcción del mito de Hidalgo” (2000), “Hidalgo y la nación” (2004) y “El endeudamiento de Hidalgo” (2013), en los que se precisan pasajes y aspectos de la vida y de la trayectoria del sacerdote. Esta indagación llega a un punto culminante cuando al calor del bicentenario del Grito de Dolores Herrejón nos entrega su obra más completa sobre el prócer: *Hidalgo, maestro, párroco e insurgente* (2011), en hermoso formato y con magníficas ilustraciones. ¡Cuánto se podría decir sobre ella!



La década de 1980 fue decisiva para impulsar la renovación de la historiografía de la Independencia y de los estudios sobre la Iglesia. Por primera vez, estos temas se trataban sin apasionamientos en contra o a favor de la religión, desde una perspectiva estrictamente académica. Se aprovechaban las fuentes eclesiásticas para generar conocimientos históricos sobre la economía, la sociedad o la cultura de determinada época. Junto con los trabajos de Ernesto de la Torre Villar y Nancy Farriss, los de Herrejón constituyen el punto de partida para comprender el pensamiento católico de la Independencia. Poco después habrían de sumarse los de historiadores como William Taylor, David Brading, Brian Connaughton y Óscar Mazín, y la corriente iba a acrecentar su influencia en las generaciones que vinieron después, al punto de que nadie puede estudiar el periodo sin tomar en cuenta que se trataba de sociedades católicas, con una cultura católica, poderosa y diversa, y no la caricatura que de ella había hecho cierto tipo de historiografía. El papel de Herrejón en este tránsito ha sido fundamental.

Su obra amplió el horizonte para los especialistas, no solo por la pulcritud y el cuidado en el manejo de las fuentes (que es una de sus grandes enseñanzas), sino además por la diversidad de las mismas. De estas, cabe destacar la importancia de sus investigaciones en torno a los libros y las lecturas de los próceres, y en general de sus contemporáneos, en las que Herrejón ha abundado. Si bien el estudio de la historia del libro y de la lectura ha crecido en los últimos años, no es fácil que el recuento de las obras que figuran en las bibliotecas se acompañe del respaldo que solo asegura el conocimiento erudito de sus contenidos, de los temas que las obras abordan en sus páginas, de modo que se ha modificado la impresión general que prevaleció hasta hace pocos años, dando lugar a un importante avance que nos permite precisar que muchos de los insurgentes no tuvieron que recurrir necesariamente a las lecturas prohibidas, a la Enciclopedia o a la literatura revolucionaria (que algunos de ellos conocían), sino que extrajeron sus argumentos y lecciones del pensamiento católico de las grandes obras teológicas y de las variadas experiencias de la historia de la Iglesia.

El panorama de las lecturas de Hidalgo y de Morelos que Herrejón ha conseguido reconstruir permite asegurar cuál fue el alcance de su formación inicial, las bases de su educación, qué fue lo que pudieron obtener cuando estuvieron en el campo insurgente y hasta dónde el propio proceso brindó enseñanzas nuevas a los revolucionarios. Esta última pregunta, por cierto, Herrejón



se la había formulado desde hacía mucho tiempo, cuando recordaba los reparos de los adversarios de Vicente Guerrero, quienes objetaban que se atreviese a postularse a la presidencia de la república un individuo que no tenía “la educación propia de un presidente”. En aquel entonces el periódico *Correo* había respondido con contundencia que “la escuela de la revolución proporciona conocimientos que no se encuentran en los libros”.³ Para Herrejón, la verdad de esa contestación es enorme y “se confirma continuamente, de tal manera que la importancia de las vivencias, de la praxis y de las experiencias nos puede llevar al extremo de anular o minimizar la que corresponde a las ideas, a la teoría y a la tradición escrita”.⁴ En ese pasaje, Herrejón comenta también cuántas buenas ideas fueron canceladas por los cañones, y cuántas más, en cambio, no contaron con cañones para ser defendidas. Grandes ironías de la historia en torno a la relación entre las ideas y la fuerza de las bayonetas. A explicar este complejo entramado, ese juego de fuerzas ha dedicado Herrejón buena parte de su obra, caminando por el justo medio, como lo dijo entonces, captando las relaciones dinámicas que existen entre todos los planos para alcanzar la verdad histórica. Lo que en los años 1980 explicó en términos de las relaciones entre estructura y superestructura, hoy lo obliga a hablar de la complejidad de los procesos históricos.

Gracias a la dedicada labor de Herrejón actualmente es posible precisar, por ejemplo, la evolución del pensamiento del cura de Carácuaro a partir de sus lecturas y de su actividad insurgente. Morelos leyó, conoció perfectamente y asimiló muy diversas lecturas: las lecturas gaditanas revelan que tuvo a su alcance prensa de la época, como *Espectador Sevillano*, *El Conciso*, así como la Constitución de Cádiz o colaboraciones de Alberto Liza que influyeron en su pensamiento (declaradas en su proceso); otras más que le fueron enviadas por los Guadalupes, y que incluyeron folletería publicada por *Pensador Mexicano*, *Jugueterillo*, *Diario de México*, *Diario de la Habana*, etc. Morelos declaró en su proceso también sus lecturas de índole eclesiástica, constituidas no solo por las que sirvieron a su formación sino además por obras de carácter menos ortodoxo y otras fundamentales para los curas párrocos, como el *Itinerario de curas párrocos* de Alonso de la Peña Montenegro que, entre otros muchos

³ *Ibid.*, p. 15.

⁴ *Idem.*



asuntos útiles para los sacerdotes, explicaba bien cuándo era lícito que un sacerdote pudiera empuñar las armas para defender los valores de la religión.

Gracias a Herrejón, conocemos también los libros de su casa y la variadísima biblioteca de 59 títulos (70 volúmenes) que Morelos hizo cargar a lomo de mula durante su itinerancia en plena insurgencia.⁵ Lo que interesa, además del conocimiento preciso de sus lecturas, es la capacidad que tuvo el caudillo para aprovechar, ajustar, adaptar o desechar algunas de sus enseñanzas en función de la realidad concreta por la que atravesaba, los problemas y las decisiones que afrontaba en el campo de batalla. No todo eran los aprendizajes que venían de sus libros favoritos, no todo lo eran los consejos y las opiniones de los abogados que lo acompañaban; buena parte de sus motivaciones y tomas de decisión provenían de su experiencia personal, de cada paso de la insurgencia, de la gran sensibilidad y olfato políticos de Morelos, y de la determinación de su carácter. Al menos así lo ha sugerido Carlos Herrejón, liquidando con ello una discusión estéril que siempre había aparecido al tratar esos asuntos: la insistente pregunta sobre cuántos y quiénes lo influyeron, cuál constitución fue la que más imitaron sus papeles, en lugar de ahondar en su pensamiento y en el contexto en el que se produjeron. Por lo demás, los enigmas sobre Morelos persisten, al punto de que, en la segunda edición de la gran obra dedicada al cura de Carácuaro, Herrejón modifica el título para completarlo: *Morelos. Revelaciones y enigmas*. Al hablar de enigmas, el autor nos acerca a lo mucho que queda pendiente cuando se trata de comprender al individuo, aquello que resulta insondable de la personalidad del hombre, lo que permanece oscuro e inexplicable aun para el historiador exhaustivo y riguroso, los rincones del alma humana.

Gran historiador de los procesos y los caudillos insurgentes, de su cultura y de las fuerzas políticas y sociales que los arrastraron por diversos derroteros, a veces impredecibles por la fuerza creadora del momento, Herrejón lo es también de la cultura viva de los novohispanos a través de sus estudios del sermón. De esta vertiente tan importante de su trabajo, contamos con una de sus primeras y más profundas reflexiones en “La oratoria en Nueva España”, discurso con el que ingresó a la Academia Mexicana de la Historia

⁵ Carlos Herrejón Peredo, *Morelos. Antología documental*, pp. 727-749. Véase el riquísimo apéndice “Las lecturas de Morelos”.



en septiembre de 1993. Para Herrejón el discurso retórico por excelencia es el sermón. De las diversas piezas oratorias, es también la que más producciones ocupa. El sermón como fenómeno histórico y como género literario particular merecía ser estudiado en toda su complejidad y riqueza, por su historia misma, y de ello se ocupará nuestro autor desde entonces hasta la fecha.

Volviendo al discurso en la Academia, vale la pena hacer notar que en él Herrejón esboza las características de esta pieza oratoria distintiva, las diversas temáticas y los grandes periodos de la historia del sermón novohispano: de los años formativos en la búsqueda por integrarse a las tradiciones europeas, a su pleno arraigo local y a su expansión expresiva asociada al barroco en el segundo periodo, y de allí a una profunda crisis, entre 1767 y 1790, de la que se repone luego para reaparecer con rasgos bien distintos a los de la etapa anterior. La riqueza del análisis contenido en este discurso anunciaba ya una obra que apareció algunos años más tarde.

Al referirnos a la obra de investigación de Herrejón no es posible omitir una mención especial de su libro *Del sermón al discurso cívico. México 1760-1834* (2003). Este trabajo fue también pionero en más de un sentido. En primer lugar, porque puso de relieve la importancia de los sermones para comprender la historia de nuestra patria y, en especial, del periodo que examina. En segundo porque, gracias a su formación que lo llevó a sacar provecho de la teología, la filosofía, la retórica y la historia, pudo proponer un enfoque metodológico propio y realizar una exégesis riquísima de las piezas oratorias de la Iglesia novohispana, desde el barroco hasta su función en la recién fundada república. Se trata del examen de dos mil piezas oratorias; un maremagnum, como él mismo califica. No obstante, el esfuerzo erudito que representa este libro en torno al conocimiento de los sermones y de las piezas oratorias no terminó allí, sino que será objeto de otras contribuciones tuyas sobre el tema, como la que podremos atestiguar en el ensayo que incluye este volumen: “Sermones y discursos del restablecimiento de la Constitución a la triarancia”.

Desde luego, el horizonte temático de las investigaciones de Herrejón es muy amplio: a la reconstrucción de la vida de los jefes insurgentes (Hidalgo, Morelos, Rayón, Guadalupe Victoria) se suman los trabajos dedicados a su patria chica michoacana, desde los orígenes de Guayangareo y la obra de Don Vasco hasta su preocupación por temas de gran actualidad para el conocimiento de su geografía (*Umbrales de Michoacán. Regiones fronterizas y límites*



territoriales) o por temas en materia de sustentabilidad que cobraron forma a través del gran proyecto interdisciplinario que dirigió sobre la Cuenca de Tepalcatepec, al que atrajo a colaboradores fundamentales, como Juan Ortiz Escamilla, oriundo además de esos lugares.

Herrejón ha dedicado varios trabajos al Estado de México y a sus instituciones, que son también importantes. No hay que olvidar que inició su carrera académica en los establecimientos mexiquenses, a los que siempre ha estado muy ligado y que le han tributado homenajes; el joven Herrejón tuvo una prolongada estancia en la Universidad Autónoma del Estado de México y después formó a varios investigadores de El Colegio Mexiquense con los cuales también colaboró.

Decenas de artículos y capítulos en libros, algunos de ellos de consulta obligada, han dejado huella en la formación de muchos historiadores, juristas y antropólogos. Buena parte de esos textos pueden encontrarse en la revista *Relaciones* de El Colegio de Michoacán, pero también ha sido pródigo en sus colaboraciones en muchas otras revistas y libros colectivos.

Generoso con sus conocimientos, siempre ha estado dispuesto a asesorar a alumnos de distintos niveles y de múltiples instituciones. Sus enseñanzas han hecho escuela al formar a un grupo amplio de investigadores de variadas generaciones; quienes nos hemos beneficiado de ello podemos decir que su cercanía nos ha permitido aprender de su sabiduría, exigencia y amistad. Su participación ha sido decisiva en la formación, entre otros muchos, de Óscar Mazín, José Antonio Serrano, Rolf Widmer, Neibeth Camacho, Juvenal Jaramillo Magaña, Carlos Juárez Nieto, Juana Patricia Pérez Munguía, Adelina Arredondo, Hugo Ibarra, Cecilia del Socorro Landa, Edith Basurto y de quien esto escribe.

En El Colegio de Michoacán, Herrejón ha sido docente en las áreas de historia y de tradiciones. Como profesor investigador, como funcionario y, muy especialmente, como presidente de El Colegio entre 1997 y 2002, ha dirigido infinidad de tesis, trabajos de investigación y proyectos colectivos. Fue secretario general de esta institución durante la gestión de Andrés Lira, y obtuvo un amplio conocimiento de la misma y del momento que vivían los centros dependientes de la Secretaría de Educación Pública (SEP) y del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt). Ello, aunado a su compromiso de vida con El Colegio y a su visión de los grandes desafíos que atraviesan las ciencias sociales y las humanidades en nuestra época, le permi-



tió llevar a su cristalización varios proyectos decisivos. La institución era joven cuando llegó a sus manos; requería, en consecuencia, de un esfuerzo especial para consolidarse sobre la base de estructuras normativas y de reglamentos que garantizaran su funcionamiento; esta fue la tarea a la que se abocó Herrejón desde el inicio. Luego vino el crecimiento y la expansión, hasta convertirse en una institución insignia para el estado, la región y el país.

Vale la pena dar cuenta de los logros que tuvo su gestión al frente de El Colegio de Michoacán, no solo porque son parte de su trayectoria, sino porque además ofrecen otro ángulo de su personalidad, sus intereses y su impulso a la renovación de nuestros campos de estudio. En aquellos años, El Colegio se colocó a la vanguardia al ubicar sus maestrías en el nivel de doctorado y al abrir el horizonte de los estudios locales a favor de una visión más amplia, regional, nacional e internacional, una ventana a otros lugares del país y del mundo que permitió que llegaran los aires de otras partes y que pudieran llevarse fuera las experiencias propias, como refirió Carlos en una entrevista reciente.

Si bien desde los orígenes era habitual que llegaran a El Colegio estudiantes de posgrado provenientes de diversos lugares de la república y que trataran diversos temas, la tendencia se reforzó en esta etapa. Habida cuenta de que las tesis de maestría eran de mucha calidad (buena parte de ellas se publicaron), era una lástima que los alumnos no pudieran cursar el doctorado en la misma institución y lograr con ello investigaciones de mayor aliento. Durante la gestión de Herrejón se abrió la posibilidad de impartir doctorados nuevos, presenciales, aparte del único que existía hasta entonces, el doctorado en Ciencias Sociales. Ello exigió un enorme esfuerzo para elaborar y aprobar planes de estudio y para contar con el personal especializado, lo que representó nuevas contrataciones y la ampliación de la planta académica, para finalmente lograr el posicionamiento de los programas en los padrones de excelencia del Conacyt.

Su sensibilidad y su compromiso con los temas regionales lo llevaron a proponer la ampliación de los estudios y de las sedes. Consciente del lugar estratégico de Zamora, buscó incidir en distintas regiones económicas y comerciales del entorno y en zonas limítrofes de Michoacán. El Colegio se extendió entonces a otros lugares mediante la creación de dos unidades. La primera se abrió en La Piedad, una de las puertas del Bajío, conectada con Guanajuato y con Jalisco. Tras una etapa de acercamiento con la sociedad civil a través



de actividades de difusión, fue posible crear allí dos nuevas áreas: la de geografía humana y la de arqueología. Luego, se buscó estudiar los litorales del Pacífico, intentando crear una sede en el puerto michoacano de Lázaro Cárdenas, pegado a la costa guerrerense. Este proyecto, a diferencia del de La Piedad, no prosperó. Sin embargo, trajo resultados interesantes sobre temas de pesquería, maremotos y asuntos relativos a la vida en las costas de nuestro país.

A través de esas empresas, Herrejón nos reveló una faceta que quizá no habíamos imaginado cuando éramos sus estudiantes a mediados de los años 1990. Y es que resultó un excelente organizador, enormemente capaz cuando se trató de obtener los apoyos necesarios que siempre harán falta para llevar adelante tamañas empresas. Su talento, su imaginación y la capacidad administrativa y de gestión que demostró en aquellos años permitieron dotar a El Colegio de su fisonomía actual. En la época logró la renovación, el impulso al diálogo interdisciplinario y el rescate de sitios arqueológicos, e impulsó en los planes y proyectos de la institución el compromiso con los problemas sociales ligados a los espacios de la región. ¿Cuál es la fuerza que le permitió llevar a cabo tareas de tanta importancia en tan poco tiempo?

Me permito esbozar una respuesta a esta pregunta. Creo que lo que constituye uno de los motores de su incansable labor como formador de instituciones, como autor de una gran obra, como intelectual, investigador, escritor y docente se explica a partir de sus convicciones profundas y el sentido de su compromiso, de su actitud hacia la vida y del gusto con el que se entrega a la labor que ha elegido.

Una entrevista reciente a la que hice alusión líneas arriba nos permite comprender el sentido profundo de su compromiso con la academia y con la vida. Al preguntársele sobre la labor que desempeñamos los historiadores y otros científicos sociales, responde con convicción que, si bien nuestra ciencia no produce grandes ganancias, nuestro trabajo es indispensable para la sociedad, dado que “investigamos para identificar problemas y posibilidades de la sociedad. Investigamos para entender los procesos históricos en los que estamos inmersos. Investigamos para reconocer nuestro patrimonio cultural y comprender identidades”. Aquellos que nos miran indagando sobre lo que producimos, quizá descubrirán que “nuestra ciencia no da de comer”. Pero nuestra ciencia sirve para explicar las causas y los motivos de cómo hemos llegado hasta aquí. El valor de la historia radica, nos dice,



en una comprensión adecuada del presente, puesto que se trata de la raíz y sus frutos. Y en ese sentido, cabe agregar que “no se aprecia ni se cuida lo que no se conoce”. Así que debemos conocer nuestro país, para que, conociéndolo, lo apreciemos y, apreciándolo, lo engrandezcamos. No se aprecia lo que no se conoce, o lo que se conoce mal. Puestos ya en la ruta, Herrejón sugiere que demos un paso más: que nos preguntemos cuál es el sentido final de entender los procesos históricos, que no puede ser otro que el beneficio y el desarrollo de la persona humana, de la sociedad y de la comunidad. Nuestras investigaciones, nos dice, deben tender a contribuir a un desarrollo sustentable integral y equitativo.

Con esta lección serena, tan clara y contundente, podemos cerrar esta breve semblanza de quien diera alas y aliento a los proyectos de muchos y, muy especialmente, de quienes colaboramos en esta obra que hoy le dedicamos.